

# EL MOVIMIENTO LIBERTARIO ESPAÑOL EN VÍSPERAS DE LA SUBLEVACIÓN FASCISTA-MILITAR DE JUNIO DE 1936

Graham Kelsey

University of Leicester, United Kingdom. E-mail: grahamakelsey@hotmail.com

Recibido: 30 Julio 2009 / Revisado: 2 Septiembre 2009 / Aceptado: 5 Septiembre 2009 / Publicación Online: 15 Febrero 2010

**Resumen:** Este trabajo dibuja la presencia del anarcosindicalismo, de la CNT, durante la Segunda República hasta los momentos previos del golpe de estado del verano de 1936. Se estudia la peculiaridad española, en el contexto europeo, de la existencia de un movimiento de masas articulado en un sindicato que hundía sus raíces directamente de los movimientos obreros del siglo XIX; las corrientes que lo conformaban, con sus deferentes proyectos finalistas, y su trayectoria desde su creación. Es especial el trabajo se detiene en la primavera de 1936. Cuando el anarcosindicalismo se había rehecho y, junto a la UGT, sus millones de afiliados parecían representar un muro infranqueable para cualquier intentona fascista. Se estudian las cuestiones puntuales presentes: la cuestión de la Alianza revolucionaria, las transformaciones en las posiciones de importantes militantes, la reunificación de las escisiones de los años precedentes y el propio proyecto sindicalista. Finalmente, se analizan las transformaciones que el desarrollo del conflicto originó en el seno de la CNT y los problemas con los que tuvo que enfrentarse y resolver.

**Palabras Clave:** anarquismo, CNT, anarcosindicalismo, Alianza revolucionaria, Guerra Civil.

La España de los años treinta era el único país donde la clase obrera se había organizado en dos centrales sindicales que, al contrario que en otros países europeos representaban las dos corrientes de organización obrera derivadas directamente de las figuras emblemáticas de los primeros intentos de

unificar los movimientos obreristas del siglo diecinueve, Marx y Bakunin. Al contrario que en otros países europeos, no existía un sindicato, de tamaño significativo, adherido a la nueva 3ª Internacional, rusa y leninista, y los pocos sindicatos que había seguido esta línea acordaron, a finales de 1935, de incorporarse a la UGT socialista.\*<sup>1</sup> En España, los trabajadores pertenecían o bien a la Unión General de Trabajadores (UGT), la organización marxista-socialista adherida a la 2ª Internacional, o bien a la Confederación Nacional de Trabajo (CNT), la organización anarcosindicalista que se adhirió a la corriente que se autoproclamó heredera de la 1ª Internacional, bakuninista, libertaria.

Cuando se dice libertario, “movimiento libertario español”, ¿qué se quiere decir? Ha sido, y sigue siendo, moneda bastante corriente mezclar los términos cuando se habla de las organizaciones y las personas que actuaban dentro de la órbita de aquella corriente que había generado en España la primera Internacional, lo que fue y sería después reconocido como tal.\*<sup>2</sup> De hecho, fue solamente durante la guerra civil cuando se empezó a hablar de un Movimiento Libertario Español, con sus siglas “MLE”. En los últimos meses de la guerra, los comités nacionales de las tres organizaciones que iban a formar ese movimiento, -la central anarcosindicalista Confederación Nacional del Trabajo, la CNT, la organización anarquista Federación Anarquista Ibérica, la FAI, y la organización libertaria juvenil Federación Ibérica de las Juventudes Libertarias, la FIJL- se reunieron y funcionaron juntos.\*<sup>3</sup> Sólo cuando ya estaban instalados en su exilio francés, los líderes de estas tres formaciones acordaron

fundirse en un “Consejo General” del llamado “MLE”.<sup>\*4</sup> Hasta comenzar la guerra civil se habló solamente de dos organizaciones: la CNT, la central sindical, de enorme fuerza numérica, y la FAI, la federación de grupos anarquistas, numéricamente mucha más pequeña, conocida también como “la Específica”, específicamente anarquista. Estas dos formaciones representaban la línea libertaria de la primera Internacional en la España de los años treinta, pero cada una tenía sus características distintas.

La historia del movimiento libertario, anarquista y anarcosindicalista, en España en las décadas llegando hasta la rebelión fascio-militar de julio de 1936 había sido de una trayectoria de enormes altibajos, altibajos que correspondieron, casi exactamente, a los periodos de legalidad y ilegalidad que las varias organizaciones constituidas después de la llegada a España en 1868 de Guiseppe Fanelli, emisario de Bakunin y de la 1ª Internacional, habían conocido. La democracia, tanto del siglo diecinueve como del siglo veinte, solo había permitido un mínimo grado de verdadera libertad y durante largos periodos de tiempo las llamadas ‘garantías constitucionales’, que garantizaban las libertades consagradas en las distintas constituciones ‘demócratas’, habían quedado anuladas, negadas, o suspendidas temporalmente; las organizaciones sindicales más reivindicativas siendo puestas fuera de la ley y sus comites, comisiones y figuras más significativas obligadas a vivir y trabajar en la clandestinidad. Así había sido el caso bajo la monarquía pero así iba a ser también el caso bajo la llamada ‘República de los Trabajadores’

Durante los poco más que cinco años de la Segunda República Española grandes partes de la organización anarcosindicalista quedaba fuera de la ley, en situación clandestina o, mínimamente tolerada con pocas posibilidades de verdadera expresión pública durante más que la mitad del periodo. Además, aquí se habla de las ciudades y centros mayores donde la fuerza de la afiliación podría ‘persuadir’ a los poderes políticos locales de relajar algo la fuerza represiva del estado. En los pueblos de provincia, después de pasar la marea eufórica de 1931, los sindicatos iban a encontrarlo muy difícil, cuando no imposible, abrir sus puertas durante más que unas pocas semanas hasta la vuelta de aquella burbuja de euforia, después de -, raras veces antes y en varios casos solamente semanas después de, - la victoria del Frente Popular en las elecciones generales de febrero

de 1936. Conocido esto, no puede ser sorpresa alguna saber que el movimiento libertario español experimentó dos puntos ‘altos’, en 1931 y 1936, los momentos de euforia política cuando coaliciones de izquierda ganaron elecciones, y un ‘bajo’, los años 1934-35 de gobierno cada vez más esterilmente derechista cuando toda la organización estuvo cerrada. y sus militantes tuvieron que trabajar y vivir clandestinamente, si no querían pasar su tiempo detrás de las rejas como medida ‘de precaución’, detenido ‘al placer del gobierno’, o su delegado local el gobernador provincial.

En 1931 el III Congreso Nacional de la CNT, organizado en la capital Española Madrid, nada más que dos meses después de la huida de la monarquía y la llegada del nuevo regimen republicano, había dado a conocer una afiliación nacional de algo más que un medio millon de afiliados.<sup>\*5</sup> Pero el congreso había tenido lugar en un momento cuando los sindicatos en muchas partes del país eran todavía al principio de sus tareas de reorganización y el desarrollo de los trabajos de propaganda todavía esperaba. Por finales del año el comité nacional iba a proclamar que la afiliación nacional pasaba ya los 800,000 y no hay porque dudar que esto representaba una imagen fiel de la situación, al menos en los breves momentos a finales del año 1931. La confederación regional catalana había ya enregistrada una cifra de afiliados bien por encima de los 350,000 afiliados en su congreso regional de octubre 1931;<sup>\*6</sup> la confederación regional de Andalucía y Extremadura en su congreso regional en Sevilla en octubre de 1931 dió a conocer cifras de afiliación muy por encima de las de cuatro meses antes<sup>\*7</sup>; la confederación regional del Levante iba a casi doblar su afiliación al sobrepasar los cien mil afiliados en enero 1932,<sup>\*8</sup> y confederaciones regionales más pequeñas, como aquella de Aragón (Aragón, Rioja y Navarra) y Madrid (‘Ambas Castillas’ o ‘Centro’ como iba a llamarse a partir de ahora) habían también incrementadas notablemente sus afiliaciones.<sup>\*9</sup>

En 1936 el IV Congreso Nacional de la CNT, organizado en la capital aragonesa de Zaragoza, dió a conocer, otra vez, una afiliación nacional de más de un medio de un millon pero una vez más, con un congreso organizado justo después de un cambio en la situación socio-político, con las garantías constitucionales apenas reestablecidas y las estructuras sindicales apenas sortidas de la clandestinidad, es evidente que las cifras dadas no fueron más que cifras

minimalistas.\*<sup>10</sup> La confederación regional catalana, por ejemplo, no tenía más que 140,000 afiliados, apenas cuarenta por ciento del total enregitrado en septiembre de 1931. La confederación regional asturiana (Asturias, Leon y Palencia), después de la atroz represión llevada a cabo en la región después de la insurrección de octubre de 1934, había apenas reempezada sus trabajos de reconstrucción. La sola confederación regional que organizó un congreso regional entre el congreso nacional de Zaragoza y el comienzo de la rebelion militar en julio de 1936, aquella del Levante (Valencia, Alicante, Murcia y Castellon), dió a conocer una afiliación – a principios de julio – de más de 100,000 trabajadores contra los 65,000 representados al congreso nacional, una augmentación de más de cincuenta por ciento en pocas semanas.\*<sup>11</sup>

En la primera parte del verano de 1936, pues, existía, de un lado, una organización sindical marxista-socialista, la UGT, que en 1936 es regularmente acreditado con una afiliación de un millon de miembros, esto como resultado de las cifras dadas en el congreso nacional de la UGT en octubre de 1932, aunque el número de estos afiliados bien representados en ese congreso y, pues, capacitados para votar, era menos que 500,000.\*<sup>12</sup> Del otro lado es más que probable que en julio de 1936, en visperas de la insurrección fascio-militar, y dos meses después del Congreso Nacional de Zaragoza, la organización sindical, anarcosindicalista, la CNT, agrupaba igualmente un millon de miembros aunque ciertos fuentes han hecho subir este total mucho más. Así el hijo del entonces secretario general de la CNT, Horacio Martínez Prieto, ha afirmado que el central tenía hasta el cincuenta por ciento más – “Se pueden evaluar los efectivos de la Confederación en 1,500,000 trabajadores durante los meses que precedieron a la guerra civil.”\*<sup>13</sup> Dos millon de trabajadores, pues, organizados o bien en la UGT marxista-socialista o bien en la CNT anarcosindicaista. Dos bloques de la clase obrera que salvaguardarian las libertades demócratas que juntos formarían el obstáculo infranchisable para parar al fascismo militar. Pero, - ¿ Eran estos bloques verdaderamente sólidos, homogéneos, unificados ?

En lo que concierne al bloque marxista-socialista el estado de desunión total en el verano de 1936 es bien conocido,\*<sup>14</sup> pero del movimiento libertario, de las organizaciones anarquistas y anarcosindicalistas que

representaban la pista de la primera Internacional, en España, - ¿ Qué podemos decir al respecto de su unidad y su homogeneidad ? La CNT, constituído a finales de un Congreso Obrero organizado en Barcelona en 1910, heredero de la FRE [*Federación de la Región Española*] de 1870, de la FTRE [*Federación de Trabajadores de la Región Española*] de 1881, y la organización catalana ‘Solidaridad Obrera’ de 1908, llegó al periodo republicano después de atravesar un oceano de crisis, tanto aquellas impuestas por las autoridades políticas, policiales, paramilitares y militares del país, como las generadas dentro de la propia organización por las visiones y concepciones distintas de su carácter y el camino a seguir. Tanto en 1931 como antes, pero sobre todo en 1936, este movimiento anarcosindicalista, a pesar de todos los señales de reunificación, no era ni una organización homogénea ni una fuerza unificada, ni en el espacio geográfica ni en su contenido político-filosófico.

Primero la CNT no era una entidad homogénea geográficamente. Al contrario de la centralizadora UGT, la CNT se había construido sobre los preceptos federalistas y asambleistas de los primeros pensadores libertarios y esta característica se mantenía, al menos hasta 1936. La zona geográfica del país se dividió entre las varias confederaciones regionales y éstos se formaron de federaciones locales y comarcales. El comité central, o nacional, funcionó más como una comisión de relaciones ya que el poder efectivo quedaba con las diferentes regiones cuando no con las federaciones locales que dominaban sus respectivas regiones, como en los casos de Barcelona en Cataluña, Madrid en Castilla, Zaragoza en Aragon, o Gijón en Asturias, tanto por la fuerza numérica de sus sindicatos como por el hecho de ser el lugar de residencia del comité regional.\*<sup>15</sup> Las diferentes regiones eran bien diferentes tanto en su composición como en las influencias socio-economicas y socio-políticas que afectaron a su desenvolvimiento. Por eso la marea revolucionaria nunca llegó al mismo momento a las diferentes regiones mientras que los movimientos huelguísticos cayeron en distintos momentos segun las distintas regiones. Por esto cada región se fue a la revolución sola; por esto las huelgas nacionales convocadas por la organización nunca tuvieron la misma repercusión a traves del país entero.

Pero luego la CNT no era, tampoco, una entidad homogénea en su contenido político-filosófico.

Para muchos la CNT era una organización formada por dos corrientes bastante bien distintos y más bien opuestos: un anarquismo siempre radical y un sindicalismo siempre moderado. Así pues, por el historiador César M. Lorenzo, en su análisis del movimiento anarcosindicalista español, la organización cenetista de los años treinta se formaba de dos corrientes que se pugnaban entre sí: de un lado los ‘moderados’ - los ‘treintistas’ de 1931, los de la ‘oposición sindical’ - y del otro los ‘radicales’, que el asoció de golpe con la FAI, la Federación Anarquista Ibérica. Tiene la misma visión de una división bipartita un historiador más reciente del mundo libertario, Miquel Amorós, aunque el llamaría las dos fuerzas de otra manera: “En resumen, la CNT estaba partida en dos tendencias con principios antagónicas, y uno de los dos sobra. O bien la reformista o bien la revolucionaria”.<sup>\*16</sup> Es una visión de la organización anarcosindicalista bastante corriente pero no por lo tanto creo que es verdadera. Juan Gómez Casas, al hablar de los problemas internos de la CNT en los años 1931-1932, identificó por su parte a tres sectores en la organización anarcosindicalista: “un sector caracterizado como anarcosindicalismo moderado, reincorporado a la disciplina orgánica en el Congreso de Zaragoza de 1936; un sector anarcosindicalista radicalizado y mayoritario; en tercer lugar, la FAI”, aunque en seguida quiso meter a dos sectores en el mismo saco considerando que “apenas cabe finalmente establecer distinguos entre ésta última (*la FAI*) y el segundo sector”.<sup>\*17</sup> Por mi parte, afirmé que la central anarcosindicalista era más bien una organización con dos alas, “un anarquismo tradicional y un sindicalismo de más reciente elaboración”, que se fusionaron en un (anarco)sindicalismo radical a través del concepto de cambios revolucionarios.<sup>\*18</sup>

Me parece que, aunque es una visión bastante sencilla, es la visión más exacta del movimiento anarcosindicalista español en los años treinta, al menos hasta 1936. La organización anarcosindicalista española se vertebraba en tres partes: un polo más o menos estrictamente anarquista, aunque éste también tenía sus variaciones, un polo puramente, o más sencillamente, sindicalista, y, entre los dos, una gran fuerza de afiliados, de trabajadores, que quiso cambios, cambios radicales, en la sociedad española de aquellos tiempos, cambios que, dado las circunstancias, y sobre todo las fuertes oposiciones prevalentes en el país, iban a ser forzosamente revolucionarios. Esa gran fuerza

de afiliados en el centro, entre los dos polos, no era particularmente ni anarquista ni sindicalista. O sea no creía en los preceptos anarquistas - probablemente no les conocía - y tampoco creía en la estructura sindicalista según los preceptos de una filosofía puramente sindicalista - y tampoco probablemente la comprendía -, pero sí era radical, revolucionaria, por eso se había afiliado a la CNT en vez de la UGT.

Esto, al menos, es claramente el caso en respecto a la región de Aragón y sobre todo la ciudad de Zaragoza y si queremos saber lo que era una organización lo mejor es intentar comprender lo que fueron sus militantes. En la capital aragonesa la organización cenetista tenía dos polos significativos, uno más importante que el otro. Un sindicalismo moderado, dentro de lo cual podemos identificar a los militantes Valeriano San Agustín, Damaso Infante, Casimiro Asensio o Mariano Serra, el antiguo cenetista, luego ugetista quien en 1935 se adhirió al proyecto sindicalista de Pestaña, y un anarquismo radical, representado en sus distintas formas por militantes como Joaquín Aznar, Ramón Andrés, María Castañera, Francisco Muñoz, Joaquín Ascaso o Benito Esteban, que incluía, hasta su muerte en marzo 1933, al viejo Nicasio Domingo, tal vez la figura más emblemática de anarquismo zaragozano, ligazón directa con los pioneros del movimiento libertario español del siglo diecinueve. Entre los dos polos, sin embargo, existía una enorme fuerza de obreros militantes, que no correspondió verdaderamente a ninguna de estas dos simples etiquetas. Fueron trabajadores radicalizados, tanto por las circunstancias de sus vidas que por sus pensamientos socio-políticos, que habían optado por los sindicatos de la CNT y pues el camino de un sindicalismo radical, el anarcosindicalismo, como la mejora estructura y la mejora arma para llevar adelante la batalla contra el capitalismo todo-poderoso y obligar a la sociedad existente a cambiarse radicalmente, si no revolucionariamente. No quisieron caer en la trampa socialista-ugetista de erigir una burocracia por encima de sus cabezas que no haría más que auto-perpetuarse. Para no citar más que unos pocos militantes que a mis ojos representaban esta visión, esta concepción radical, revolucionaria, del movimiento cenetista, sin ser por lo tanto ‘anarquista’, citaré al veterano Victoriano Gracia, uno de las cabezas visibles del movimiento cenetista en 1930, presidente de la federación local de sindicatos y director de la portavoz regional, ‘Cultura y Acción’, que murió en febrero 1935,

Santiago Baranda, asesinado por fascistas en las afueras de Zaragoza a principios de agosto 1936, o Antonio Ejarque, miembro del comité nacional revolucionario de la CNT en diciembre 1933.

Es evidente que al citar los nombres de estos militantes quedan otros muy significativos sin mencionar, entre los cuales son Miguel Abós, Zenón Canudo, Evelio 'Servet' Martínez, Ruben Pérez, Miguel Chueca, Luis Montolú, Enrique Gracia, Jacinto Santaflorentina, Miguel Vallejo y Adolfo Arnal, entre muchísimos más, todos estos figuras de primera línea, miembros del comité nacional cuando éste estaba localizado en la capital aragonesa durante el periodo octubre de 1933 hasta junio de 1936 y varios de ellos consejeros del Consejo de Defensa de Aragón ya en plena guerra.\*<sup>19</sup> Ellos representaban matices, más anarquista algunos, más sindicalista otros, dentro de este gran centro de obreros anarcosindicalistas. Allí estuvo la riqueza y la fuerza del movimiento libertario español en los años treinta.\*<sup>20</sup>

La fuerza de esta masa numérica de obreros militantes que constituyó el centro, el corazón, del movimiento anarcosindicalista en Zaragoza y, por la extensión de su influencia, en Aragón,\*<sup>21</sup> hizo que ni el polo específicamente anarquista, ni aquel puramente sindicalista, pudo ni dominar la organización ni provocar divisiones. Es muy significativo, a mi juicio, que ni en la región ni en la grande capital Zaragoza tuvo repercusión alguna el movimiento divisionista de los llamados 'treintistas', luego los 'sindicatos de oposición'. Como en varias otras regiones, Asturias, Galicia, o Castilla [Madrid], tanto el antiguo líder Angel Pestaña, como el más conocido de los 'sindicalistas de oposición', Juan Peiró, no le faltaba admiradores o incluso discípulos en la región, pero de esto a erigirse en bloque opositorista hubo todo un golfo a cruzar. Como ha afirmado el que fue secretario del comité nacional de los jóvenes libertarios, la FIJJL, a principios de 1936, el madrileño Gregorio Gallego, al hablar de Angel Pestaña, a quien fue presentado en el otoño de 1936, "..... no (le) conocía personalmente, pero por el que sentía una gran admiración, tanta que, de no haber escindido las filas de la CNT, primero como 'treintista' y después formando el Partido Sindicalista, hubiera sido pestañista".\*<sup>22</sup> En Zaragoza, como en el resto de Aragón, como en otras regiones como Asturias, Galicia, 'Centro', o sea Madrid, y todo Andalucía salvo la ciudad de Huelva, el movimiento de los 'sindicatos de

oposición' quedó circunscrito a unas pocas figuras, a unas células minúsculas, que desaparecieron tan pronto que Angel Pestaña formó su partido político - así dividiendo de nuevo a esos grupitos.

Sin embargo, aunque Madrid no conoció las divisiones ocasionadas por aquel movimiento opositorista liderado por Pestaña y Peiró, entre otros varios, hubo otra tendencia que sí llegó a ser muy contenciosa que fue la cuestión de una alianza obrera, una alianza entre esos dos grandes centrales sindicales que entre sí dominaban el paisaje obrero del país en los años treinta. La capital española había sido siempre considerado como un feudo del movimiento socialista y esto a pesar del hecho que fue a Madrid donde hizo su primera aparición Fanelli y donde se formó el primer grupo de trabajadores directamente ligado a lo que sería el primer Internacional. Fue solo a principios del tercer década del siglo veinte que se formó los primeros cuadros anarquistas en un Centro de Divulgación Social de donde partiría los impulsos para construir sindicatos anarcosindicalistas diez años más tarde, cuando la federación ugetista ya dominaba plenamente a la capital. La población obrera en la capital aragonesa, al contrario, había conocido un trayectoria totalmente distinta. Mientras en el II congreso nacional de la organización anarcosindicalista, organizado precisamente en la capital española, en diciembre de 1919, la organización cenetista madrileña representaba escasamente 500 obreros en dos sociedades, en Zaragoza la UGT socialista no tenía más que una sola sociedad, aquella de los tipógrafos, con un pugnado de miembros. Las demás sociedades eran todas enroladas en la federación local, pronto adscrita en su totalidad a la CNT.

Tal vez por había estado dominado desde siempre por el central socialista el concepto de una alianza obrera entre los dos grandes centrales hizo mela entre muchos anarcosindicalistas en la capital española a partir del momento que el concepto fue de nuevo lanzado por el todavía joven vallisoletano Valeriano Orobón Fernández a principios de 1934.\*<sup>23</sup> Donde se respaldó mucho esta tesis de una alianza sindical fue en la región norteña de Asturias, otra zona del país donde la CNT, a pesar de su grande fuerza en el centro metalúrgico de La Felguera y sobre todo, en la ciudad puertuaria de Gijón, era minoritaria. Había sido el veterano militante gijonés, Eleuterio Quintanilla, quien había argumentado

con fuerza por una alianza sindical entre los dos grandes centrales ya en el II congreso de la CNT en diciembre de 1919, pero entonces su tesis había sido rechazado por los delegados. En el pleno nacional de regiones, celebrado en Madrid en junio de 1934, el celebrado militante asturiano José María Martínez señaló a los representantes regionales contrarios a la alianza obrera firmado en su región con la central sindical socialista: “Aún cuando la UGT es una insignificancia, ... (la CNT) ... ha necesitado su unión para hacer un movimiento de envergadura” al apuntar el ejemplo del reciente terminada huelga general que había paralizado completamente a la capital aragonesa de Zaragoza durante cinco semanas.\*<sup>24</sup> Sin embargo, ni el ejemplo de la huelga general zaragozana ni siquiera aquel de la epopeya asturiana pocos meses más tarde, en la cual perdió la vida el delegado asturiano, pudo convencer a los delegados de las demás regiones, seguramente por la poca confianza que les inspiraba tanto la figura del máximo dirigente ugetista, en aquellos momentos, el viejo Largo Caballero, que había siempre obrado por los intereses de su propio central, como por la trayectoria del central socialista durante los precedentes años. En el congreso de Zaragoza los que se mantuvieron firmes en su respaldo de una alianza obrera quedaban reducidos a una pequeña minoría, al ser aprobado por una abrumadora mayoría la ponencia que instaba a la UGT a firmar una ‘alianza revolucionaria’ reconociendo “el fracaso de la colaboración política y parlamentaria”, una proposición no muy distinta de la que había sido acordada a Madrid en 1919.\*<sup>25</sup>

No obstante, es evidente que el tema de la alianza obrera seguía dividiendo a los militantes madrileños de una manera muy significativa en el verano de 1936 como queda claro en el texto del antes citado Gregorio Gallego. Lo que es interesante es que identifica a algunos de los miembros de las dos tendencias, los ‘puritanos’ de un lado y los ‘aliancistas’ del otro, como fueron llamados en la Madrid de entonces. Los primeros, explica “se atribuían en exclusiva la representación del anarquismo y rechazaban cualquier tipo de alianza o colaboración con otras fuerzas que no aceptasen sus esquemas”; del otro lado los segundos eran “más pragmáticos en sus posiciones ideológicas, partidarios de la alianza con la UGT”.\*<sup>26</sup> Entre los ‘puritanos’, dice Gallego, eran militantes célebres como Cipriano Mera, miembro del comité nacional revolucionario establecido en

Zaragoza en diciembre de 1933 y, en el verano de 1936, líder indiscutible de los obreros de la construcción, y David Antona, ex-secretario regional del ‘Centro’ y ahora, desde mediados de junio de 1936, el secretario por interino del nuevo comité nacional de la CNT, Sin duda se podría añadir a éstos, sus compañeros de grupo, Feliciano Benito y Melchor Rodríguez, el viejo ex-panadero Mauro Bajatierra, el periodista José García Pradas que dirigiría la portavoz confederal ‘CNT’ durante la guerra, el secretario de los grupos de defensa en Madrid Eduardo Val Bescos, y el metalúrgico Isabelo Romero, que había reemplazado a Antona como secretario regional. Entre los ‘aliancistas’, afirma Gallego, se encontraban militantes como el veterano Teodoro Mora ex-presidente del sindicato de la construcción que, como Mera, saldría al frente de una de los primeras columnas en julio 1936, los hermanos González Inestal, Miguel y Serafin, y Antonio Moreno de los gasistas, que en julio de 1936 substituía a Antona como secretario nacional de la CNT mientras éste estuvo encarcelado con Mera, Mora y muchos otros a causa de la prolongación de la huelga del sector de la construcción, sin olvidar al lastimado Valeriano Orobón Fernández, quien había alzado como primer teórico de la táctica en los primeros días de 1934 y que murió escasas semanas antes de sublevar los militares.\*<sup>27</sup>

Sin embargo, no eran solamente cuestiones puntuales como el proyecto sindicalista, o un sindicalismo moderado, en 1931-32, y la táctica de una alianza obrera entre los dos centrales en 1934-36, que tendían a dividir a los militantes del movimiento anarcosindicalista español. Como señaló Gregorio Gallego; “el movimiento anarcosindicalista español es demasiado heterogéneo y en él confluyen diversas corrientes ideológicas que no siempre coinciden en los medios ni en los fines”; y añadió que “aun dentro de este esquema sencilla - (anarquismo y sindicalismo) - se podría bosquejar una rica gama de matices que con enormes contradicciones, pues si entre los anarquistas puros los colectivistas y los individualistas mantenían una polémica permanente, entre los sindicalistas políticos y apolíticos las discrepancias no eran menores”.\*<sup>28</sup>

También había, como siempre había habido, y siempre habrá, aquellos cambios de opinion, deslizamientos de vision, de posicionamiento político-filosófico, tan típicos de este lento camino adelante de la vida. Con el avance de la

edad un hombre no veía las cosas de la misma manera. Un Angel Pestaña radicalizado de 1916 tenía poco a ver con el mismo hombre, diputado político, en 1936, pero tampoco tenía mucho a ver el furibundo Juan García Oliver con sus teorías de ‘gimnasia revolucionaria’ en 1931 y el mismo hombre, Ministro de la República, en 1936 o figura más de los comités y comisiones de la nueva burocracia cenetista en 1937-38, y - ¿ qué decir del cambio que operaba en el joven Mariano Rodríguez Vázquez una vez asentado en la silla del secretario general de la CNT en 1936 ? En enero de 1934 el líder andaluz Vicente Ballester, al oír hablar de las discusiones alrededor de una ‘alianza obrera’, afirmó tajantemente, “nadie puede poner en duda nuestro derecho a intervenir cuando la CNT se ve amenazada y a punto de cometer una desviación lamentable que la deshonoraría ante propios y extraños”.<sup>\*29</sup> No podía haber sido más claro pero dos pequeños años más tarde fue precisamente este mismo gran líder anarcosindicalista gaditano quien, a pesar de los acuerdos cenetistas de no compartir plataformas con socialistas, se atrevió ocupar el escenario con el máximo líder socialista de aquellos momentos, Francisco Largo Caballero, quien sería abucheado una semana más tarde en Zaragoza.<sup>\*30</sup> Otros parecidos ejemplos no faltaban, ni faltarían más tarde.

Así que, con las cuestiones divisorias de los ‘sindicatos de oposición’, y de la ‘alianza obrera’, con las diferencias y distinciones entre anarquistas de diferentes matices de un lado y sindicalistas, moderados o no, apolíticos o no, del otro, pero también con estos lentos cambios de percepción, por algunos maduración pero por otros más bien senilidad, - ¿ Hasta que punto podemos considerar que en el verano de 1936 la CNT representaba una fuerza unida, un conjunto sólido y homogéneo ?

En respecto a esta cuestión se puede afirmar que, después de cuatro o cinco años de conflictos internos amargos y a menudo vitriólicos, la visión de una unidad reencontrada es bien conocida. Pocos historiadores, comentaristas socio-políticos, o protagonistas y testigos de los acontecimientos, no han subrayado la importancia del congreso nacional de Zaragoza al momento de reunificar la organización anarcosindicalista. Por la primera vez desde 1931, corre el mensaje repetido regularmente, las dos alas de la CNT, radical y moderado, enterraron sus diferencias y reformaron líneas. El congreso de Zaragoza era

el Congreso de la Reunificación - “uno de los más trascendentales celebrado por la Confederación”<sup>\*31</sup> - y la CNT salió rehecha y más fuerte que nunca.<sup>\*32</sup> Evidentemente este mensaje es un poco sencillo y solo ha quedado consagrado por el tiempo a causa del hecho de que la secuela del congreso, con sus conflictos, divisiones y desviaciones posibles, o probables, fue oscurecido y violentamente alejado por la explosión de la insurrección fascio-militar. De hecho, incluso dentro y durante del congreso la imagen de una unidad hallada no es siempre convincente. Mientras los sindicatos ‘de oposición’ del Levante (como los de Huelva en Andalucía también) participaron activamente en el congreso con los sindicatos ‘oficiales’ de esas zonas y buscaron esa reunificación, los sindicatos ‘de oposición’ de Cataluña, de donde vinieron los líderes treintistas más conocidos, no estuvieron representados directamente en el congreso y parecían hacer poco o nada en esos momentos para encontrar y construir el camino de vuelta a la organización. De la misma manera los sindicatos ‘oficiales’ en Cataluña habían hecho poco o nada para encontrar una salida a la crisis que había azotado la región y disminuida de una manera casi catastrófica sus efectivos. De hecho, era bastante obvia en el congreso, como había sido desde hace un par de años, que los ‘moderados’ en Cataluña y Levante se encontraban en ondas distintas, como estaban también los sindicatos ‘oficiales’ y ‘de oposición’ en Cataluña. Sin la erupción de una guerra civil no es en absoluto cierto que los sindicatos ‘de oposición’ catalanes habrían reentrado a la madre CNT. De hecho, ninguno volvió antes de empezar ese conflicto y, de más, dos de las federaciones locales, las de Sabadell y Manresa, nunca volvieron. Prefirieron ingresar, en agosto de 1936, en la organización rival, la UGT socialista, aunque cada vez más comunista.

Así que, la ‘reunificación’ aparentemente cumplida en mayo de 1936 era lejos de ser tan completa como a menudo se la ha pintada. De hecho, al menos un historiador del movimiento libertario español parece no tener dudas que el congreso de Zaragoza no representaba ese gran momento de reunificación tan anhelado. El ya mencionado César M. Lorenzo, sin duda reafirmando las opiniones desilusionadas y descartadas de su padre, enumeró los grupos que fueron ‘vencidos’, apenas un señal de una gran obra de reunificación.<sup>\*33</sup> Los primeros a perder, dice, fueron los ‘treintistas’; refiere a los ‘sindicatos de oposición’, los moderados que

habían salido en 1932 y 1933. El segundo grupo que perdió, según él, fueron los ‘anarcobolcheviques’, quienes, “se caracterizaban por sus veleidades autoritarias”, aunque sería difícil demostrar que un tal corriente existía en la CNT y su padre identificaba aquí, sin duda, militantes como los componentes del grupo ‘Nosotros’, Juan García Oliver y Francisco Ascaso, ambos presentes en el congreso como delegados del sindicato Fabril y Textil de Barcelona, con quienes el algo burocrático Martínez Prieto tenía poco en común. El tercer a perder, mas ahora no era un grupo sino un solo personaje, fue el propio secretario nacional, Horacio Martínez Prieto, que dimitió de su puesto una vez terminado el congreso.\*<sup>34</sup>

No obstante, si habían ‘vencidos’, se tenía que haber habido también unos ‘vencedores’. Según el mismo Lorenzo, el Congreso de Zaragoza, “se caracterizó por el triunfo total de la FAI.”, que - siempre según él - “se reveló más fuerte, más arrogante, más combativa que nunca”.\*<sup>35</sup> Pero, - ¿ qué, o quien, era ese ‘FAI’ que resultaba, según Lorenzo, tan ‘arrogante’, tan arrolladora, en la Zaragoza del 1936 ?

La Federación Anarquista Ibérica se había formado en el verano de 1927, en plena dictadura primorriverista, en un momento cuando la CNT parecía o bien totalmente dormida o bien media deshecha, y tal vez los dos. Entre sus objetivos claros, era aquel de asegurar que el movimiento anarcosindicalista, el movimiento heredero de la primera internacional, quedaba dentro del polo anarquista, o sea que la estructura sindicalista nunca llegaría a sobrepasar al contenido anarquista y que este último se mantuvo firme y robusto. En medio de un largo periodo de clandestinidad, al momento preciso cuando vivas polémicas empezaron a poner uno contra el otro dos de los más significativos militantes anarcosindicalistas de aquellos momentos, Juan Peiró y Angel Pestaña, ambos más tarde vivamente asociados con el corriente ‘moderado’ o ‘treintista’, al momento también cuando se veía en una región, Andalucía, intentos para hacer pasar cuadros sindicales hacia la tercera internacional, el nacimiento de una organización ‘específica’, como fue llamado a menudo la FAI, específicamente anarquista, parecía caer al mejor momento. Sin embargo, tres años más tarde cuando Juan Manuel Molina llegó a Barcelona, expulsado de Bélgica (y Francia), y tomó en sus manos la dirección del

comité peninsular, la FAI, en sus propias palabras, “no era gran cosa”.\*<sup>36</sup> En honor a la verdad, tampoco era gran cosa, al menos numéricamente, seis años mas tarde, a principios de 1936, cuando el último pleno nacional de regionales antes de la guerra civil fue organizado en Madrid. Ni siquiera quinientos grupos, a través de todo la geografía nacional, lo que significaría, en el mejor de los casos, dándoles a todos un promedio de diez miembros, una afiliación total de un máximo de 5000 miembros, o sea una proporción por encima de 100 a 1 de la CNT con relación a la FAI. “Mucho toro él de la CNT para que la FAI pudiera lidiarle”, como ha notado Juan Gómez Casas,\*<sup>37</sup> o, dicho de otra manera, la FAI habría tenido que ser una organización fuertemente estructurado, máximamente homogénea y singularmente orientado para mantener siquiera un mínimo control de la organización sindical y esto fue lejos de ser el caso.

Ya, al respecto de la capital española, un testigo presencial ha señalado que entre los anarquistas - ‘los puritanos’ - habian tanto colectivistas y individualistas, como lo que el llama ‘pacíficos’ o ‘terroristas’ - que definio como el ‘atraquismo que fermentaba entre los grupos de accion’.\*<sup>38</sup> Además su opinión esta respaldada por otro miembro de las juventudes libertarias madrileñas quien ha explicado como la FAI castellana, pero sobre todo los grupos en la capital, era dividida en 1935 precisamente por el tema de la alianza obrera por un lado y el tema de la ‘accion violenta’ del otro.\*<sup>39</sup> En efecto, existía una relación muy estrecha por muchos ‘anarquistas’ entre ‘la acción’, a menudo muy necesaria, primero en los años diez y veinte pero también más tarde en los años treinta, tanto para defender a la organización y a sus más significativos líderes como para provocar y hacer avanzar a la revolución, y ‘el anarquismo’ como doctrina político-filosófica. Hablando con uno que fue miembro del comité local de defensa en Zaragoza en 1936 me dijo que si, la FAI tenía mucha fuerza en la ciudad, “pero no calidad”. Así que a finales de 1935 o principios de 1936 él mismo fue ‘convocado’ por unos militantes de la FAI en Zaragoza y nombrado miembro de una ‘comisión reorganizadora de la FAI’ en la ciudad, a pesar de ser considerado ‘un sindicalero’. Cuando insistió en que no era miembro de la FAI - aunque, si, era de los grupos de acción - los ‘faístas’ le mandaron formar un grupo.\*<sup>40</sup>



La necesidad de constituir un tal ‘comité reorganizadora’ encuadra perfectamente con la visión “un tanto abandonada” de la región que presentó el representante de los grupos anarquistas en Aragón al pleno nacional de la FAI a finales de enero de 1936. El delegado explicó que esto fue debido al hecho de que eran “la mayoría de sus militantes al mismo tiempo militantes de la CNT y absorber ésta las mayores actividades”.<sup>\*41</sup> O sea que, al menos en el caso de Aragón, se puede decir que tal vez era más bien la CNT que lideraba a la FAI y ésta que andaba al remolque.

Sin embargo, lo que no se puede negar es que desde un punto de vista visual, de la imagen, y casi visceral, la CNT salió reforzado y relanzado del congreso en Zaragoza y que en las semanas después, las pocas que quedaron antes de que la sublevación militar cambió la fisionomía del país, el entusiasmo de sus militantes, la crecida en el número de sus afiliados y la expansión de sus redes sindicales fue constante. Al contrario, con sus dos escaños en las Cortes, Pestaña se había metido en un callejón sin salida parecido a lo de las pequeñas fuerzas marxistas independientes.<sup>\*42</sup> De la misma manera, con la reentrada en la CNT de los ‘sindicatos de oposición’ del Levante, sus homólogos en Cataluña - los Peiró, Mascarell, Mira y Manent - no tenían más salida que un tardío acuerdo parecido o una desviación hacia una UGT claramente reformista y cada vez más en manos de los llamados ‘comunistas’, los de Moscú.

Se había buscado, y por la mayor parte, encontrado la unidad; ¿pero a qué precio? ¿Existía una verdadera unidad alrededor de un contenido político-filosófico? ¿Y, era ese contenido aquel de un movimiento anarquista? Para Miquel Amorós la respuesta no puede ser otra que un tajante ‘no’. El congreso de Zaragoza, ha sentenciado este investigador libertario, “fue una derrota para el anarquismo”.<sup>\*43</sup> Además, según él, “se dictaminaron fantasías sobre la alianza revolucionaria y el comunismo libertario para disimular las contradicciones que resquebrajaban una unidad sin base”.<sup>\*44</sup> Quizas, pero no parece que los decenas de miles de afiliados cenetistas que hicieron el viaje a la capital aragonesa para asistir al enorme mítin que oficialmente clausuró el congreso compartían, o eran conscientes de, tales conclusiones. Como ha señalado Lorenzo, “decenas de millares de militantes llegados de todos los lugares de España invadieron la vieja

ciudad aragonesa que engalanaron con banderas rojinegras (.....). Nada resistió a esta oleada impresionante de misticismo revolucionario, de optimismo y de exaltación colectiva”.<sup>\*45</sup> Aquí tenemos al corriente que salió victorioso de Zaragoza en mayo de 1936: era un sindicalismo radicalizado, revolucionario por muchos, con importantes ramificaciones anarquistas. Correspondía sin duda a la orientación y los pensamientos de aquel delegado quien, frustrado por las intervenciones teóricas y algo dogmáticas del representante de Hospitalet (José Peirats) había sentenciado: “La CNT no es una organización anarquista y los trabajadores que la integran tampoco”; para seguir, “si la CNT fuese anarquista, sobraba la FAI o sobraba la CNT. ¿Por qué querríamos la organización específica si la CNT fuese anarquista?”.<sup>\*46</sup>

Esa ‘corriente’ que salió victoriosa a Zaragoza fue mucho más que solamente una corriente. Fue todo el movimiento anarcosindicalista que enarboló con entusiasmo aquella bandera rojinegra, una bandera que no era aquella de la FAI, como parece dejar entender erróneamente Lorenzo, pero que representaba a la organización anarcosindicalista entera. La bandera representaba esta relación equilibrada, esta mezcla de anarquismo, lo negro, con el rojo vivo de la revolución social.<sup>\*47</sup> ¿Pero hasta donde era aquella organización ‘anarquista’? ¿Era la CNT, esa grande y poderosa organización sindicalista, anarquista en alguna parte?

Tres años más tarde un anarquista inglés no tendría duda ninguna al respecto. En abril de 1939 un convoi de varias decenas de anarquistas españoles llegaron a Gran Bretaña. Representaron los últimos sobrevivientes de la España republicana. Huyendo, primero de Madrid y luego de Valencia, habían tenido el buen sentido de agarrarse a la persona del Coronel Casado López, el líder militar del Consejo Nacional de Defensa constituido en Madrid a principios de marzo de 1939. Este había convenido una salida de España por medio de un barco de guerra británico y por esto se había dirigido al Puerto de Gandía. Llevados a Marselles, fueron puestos en un tren cerrado que les llevó directamente a Gran Bretaña, la sola manera aceptado por el gobierno francés de dejarles travesar su territorio. Entre los libertarios españoles que así pudo salvarse para encontrarse en Inglaterra, estuvieron miembros del sub-comité nacional de la CNT, convertido en comité nacional al exiliarse en Francia la otra parte que estaba en Cataluña, como el último

secretario nacional y ex-ministro, Juan López, o el asturiano Avelino González Entrialgo, y los madrileños Eduardo Val, secretario a lo largo de la guerra del Comité Regional de Defensa en Madrid, Manuel González Marín, miembro de los grupos de Defensa de la capital español y también consejero de la Junta de Madrid como del Comité Nacional de Defensa, José García Pradas, director a lo largo de la guerra de la portavoz del central sindical en Madrid, 'CNT', el líder de las juventudes libertarias Delso de Miguel y muchos otros que representaban la 'flor y nata' del movimiento libertario español. "Los conocí a todos", afirmó el veterano anarquista londinense, Vernon Richards. "Ni uno era anarquista"; y, para asegurarse que había bien comprendido lo que venía a decirme, repetía de nuevo sus primeros dos palabras, "ni uno".\*48

Pero este fue en el mes de abril de 1939, y entretanto tres largos años de una guerra civil habían azotado a España. Desde el punto culminante de la victoria revolucionaria en las calles de Barcelona en la mañana del 20 de julio de 1936, la organización anarcosindicalista había lentamente perdido plazos deslizándose hasta los fondos de una colaboración política a ultranza donde antiguos 'treintistas' como Juan López, Juan Peiró, Joaquín Cortes, Manuel Mascarell y Domingo Torres, y sindicalistas moderados como el veterano vizcaíno Galo Díez y los asturianos Avelino González y Segundo Blanco, se asocian con antiguos anarquistas radicales como el salmantino David Antona o los catalanes Juan García Oliver, Germinal Esgleas y Federica Montseny, alrededor de un proyecto político cosido sobre la marcha por los dos secretarios nacionales, Horacio Martínez Prieto y Mariano Rodríguez Vázquez. Mientras los efectivos de la organización anarcosindicalista habían crecido enormemente – se hablaba de dos millones de afiliados, y esto en las zonas que quedaron libres del ejército franquista - su contenido había, sin lugar de dudas, quedado bastante diluído. La entrada de muchos miles de obreros, y otros, que raras veces sentían las ideas, ni mucho menos conocían los principios y el programa, del movimiento libertario, había sido negativamente equilibrado por la pérdida de varios de los mejores espíritus de la organización anarcosindicalista.

Más aún, los efectos de su forzada posición cerca a las palancas del poder habían obrado nefastamente en los cerebros de muchos

antiguos anarquistas y anarcosindicalistas. El antiguo secretario nacional de la CNT, Horacio Martínez Prieto, de haber tenido muy poca relación con el mundo obrero, perdió todo sentido de su credo libertario para llegar finalmente a proponer una solución política idéntica a aquella propuesta por otro secretario nacional, Ángel Pestaña, diez años antes. Aquel "magnífico chico de la construcción", Mariano Rodríguez Vázquez, se convirtió en "un detestable hombre de Estado",\*49 Un Juan García Oliver que había empujado varios miles de obreros a jugar la vida persiguiendo su táctica de 'gimnasia revolucionaria' para después ser el flamante Ministro de Justicia, pero un Ministro cuyo decreto de justicia del 8 de mayo era considerado menos demócrata - sin hablar de 'revolucionario' - que lo que existía en países burgueses,\*50 un ministro incapaz de poner en libertad al anarquista granadino Francisco Maroto, mucho menos controlar las checas de los agentes rusos y sus acólitos españoles del PCE. Una Federica Montseny, anarquista 'de pura cepa' de sus padres Juan Montseny y Teresa Mañé, se convirtió en un agente de la política colaboracionista de los secretarios nacionales, miembro perpétuo de comités y de comisiones, hasta el comité de enlace constituido en marzo de 1938 con una UGT, ahora en manos de los 'chinos', o sea del PCE, más bien los rusos. Y un Cipriano Mera que había apostrofado a García Oliver por sus aspiraciones anarco-militaristas en el congreso de Zaragoza, pero que luego fue el primero en optar por un ejército profesional y a meter sus propias galardones de mayor, teniente coronel y coronel. ¿Dónde había quedado el anarquismo?

De hecho, a partir de julio de 1936 el carácter federalista y asambleista del movimiento libertario - tanto la organización sindical como aquella de la 'específica' - se perdió rápidamente. Esto fue a causa de las evidentes condiciones de guerra civil que hizo difícil la organización de congresos o asambleas y incluso simples reuniones de los grupos, cuyos miembros a menudo estaban en el frente. Pero también fue a causa de un cambio de mentalidad entre muchos de las figuras que llegaron a liderar al movimiento libertario en este periodo, sobre todo los antiguos 'radicales' como Mariano Rodríguez Vázquez, Juan García Oliver, Federica Montseny y David Antona, entre otros varios, que conllevó una huida de todo contacto con la base. Además, la guerra civil catapultó a la cima del movimiento

libertario un amplio grupo de militantes, antiguos militantes como José Juan Domenech, Juan López, Francisco Isgleas, Galo Díez, Avelino González, o Germinal Esgleas, y otros, como Diego Abad de Santillan, Fidel Miró, José Lunazzi o Jacinto Toryho, atraídos por la revolución en marcha, quienes se burocratizaban, otorgándose el derecho de decidir y de mantenerse en sus puestos de influencia y control.\*<sup>51</sup> Era una situación que iba a prolongarse en la organización exiliada en Francia y que no solo la hundió en la casi nada pero también conllevó enormes problemas cuando la CNT intentó reconstruirse de nuevo en una España libre del régimen dictatorial franquista. Mucha agua - y agua no muy clara - había pasado por debajo del puente.

Además, de abril de 1939 a septiembre de 1939 y el comienzo de la segunda guerra llamado 'mundial', no fue más que un pequeño paso. Por el anarquista británico Vernon Richards; como por varios más como él, la guerra implicaba una cuestión de principio. Se volvió a las mismas cuestiones que habían dividido a ciertas organizaciones obreras, y al movimiento anarquista en particular, en 1914. En una guerra de grandes poderes estatales, de conquista capitalista, - ¿cómo podían los anarquistas participar, tomar armas por un lado o por el otro? Por los muchos miembros, casi todos los miembros, del movimiento libertario español que venían de ser arojados en la costa británica por los avatares del final de la guerra civil en España, esta nueva guerra era contra el fascismo, el mismo que había destruido, sus hogares, su país, sus sueños y su revolución, aunque, por el momento, no era cuestión de una lucha revolucionaria como en julio de 1936. Tenían que retomar las armas contra los dictadores fascistas responsables de la pérdida de su revolución. De hecho, por muchos, como por el maestro oscense Paco Ponzán, esas armas nunca habían sido silenciadas.\*<sup>52</sup> Pero, el hecho de querer mantener esta lucha contra el fascismo, aunque tuvieron que luchar en ejércitos aliados, ejércitos capitalistas, - ¿Esto significó que no eran anarquistas como quería hacernos creer el anarquista londinense Vernon Richards ?

Quizas la respuesta a la cuestión se encuentra no tanto en 1936 o en 1939 pero entre los restos del movimiento libertario español que levantó cabeza en 1945 para morir lentamente en su exilio francés o hispano-americano a partir de entonces hasta los finales del decenio de los

sesenta. Después de la guerra de 1939-1945 el movimiento anarcosindicalista se dividió de nuevo - una división que era más bien una continuación de las divisiones ya presentes en los años 1936-1939 - una división entre 'moderados' y 'radicales', pero una división que era salpicada de personalismos. Después de tanta lucha, tantos cambios de dirección, tanta 'traición' de los antiguos principios, los parámetros habían cambiado. Se había rediseñado, o se iba rediseñando, las líneas de demarcación entre los dos campos. Antiguos 'puritanos' como Cipriano Mera, David Antona y Eduardo Val, antiguos líderes de la FAI, como Abad de Santillan y Juan Manuel Molina, se encontraron en el mismo lado de antiguos 'sindicalistas' o 'treintistas', como Juan López y Progreso Alfarache, o 'aliancistas' como el asturiano Ramón Alvarez, mientras otros 'radicales' como el antiguo 'Amigo de Durruti', Francisco Carreño, o el anarquista dogmático de 1936, José Peirats, se encontraron al lado de los herederos del *lobby* colaboracionista que se había formado alrededor del secretario nacional de la CNT, Mariano Rodríguez Vázquez, durante la guerra civil y que después fue liderado por la pareja Esgleas-Montseny, Germinal Esgleas y la ex-ministra Federica Montseny.

La determinación de un grupo, más o menos heterogéneo, de asegurar que sus líderes quedaron siempre con el control del aparato, de la maquinaria de la organización, llegó a ser su única 'razón de ser'. Alejados en el exilio, cada vez más separados de los lugares de trabajo, sobre todo los lugares de trabajo en España, es difícil no estar de acuerdo con las conclusiones del veterano anarcosindicalista, Paulino Díez, 'anarcosindicalista de acción' en sus propias palabras, "las causas de las divergencias surgidas en el seno de la militancia de la CNT en el exilio (no hay que confundirle con la organización, puesto que carecemos del vínculo, los sindicatos) se deriva de ese afán de figurar que tanto daño causó en la guerra y después de ella".\*<sup>53</sup> Con cada vez más años sobre la espalda y a pesar de la lenta pero irrevocable pérdida de varios de aquellos menos que homogéneos elementos, esa determinación de agarrarse a los puestos cuajó mal, malísimo, con el verdadero espíritu de un movimiento libertario y anarquista y aseguró, en no poca medida, que el movimiento libertario, anarcosindicalista, por muchos anarquistas, de 1936, la sola grande fuerza anarcosindicalista, heredero de la 1ª Internacional, que existía en

aquel entonces, hoy no existe más como una fuerza importante, ni numéricamente ni por su influencia. ¿Tal vez tenía algo de razón el viejo anarquista inglés?<sup>54</sup>

## NOTAS

1. Hubo un cambio dramático en la actitud y las tácticas del partido comunista ‘oficial’ (PCE) después del VII congreso de la 3ª Internacional a Moscú en julio de 1935. La decisión de buscar acuerdos y entendimientos con partidos y regímenes burgueses – para minar y volcarles más fácilmente –, llevó consigo en España la disolución inmediata de la pequeña fuerza sindical controlada por el PCE, la CGTU [Confederación General del Trabajo Unitaria] y la entrada de sus miembros en la UGT socialista.
2. Un buen ejemplo es el interesante libro de Dolors Marín, ‘Ministros Anarquistas’, (Barcelona, 2005) que examina lo que fue el movimiento libertario español a través de los cuatro representantes que ocuparon sendas carteras ministeriales en el gobierno del socialista Francisco Largo Caballero. El mismo título - Ministros Anarquistas - parece ser una contradicción en toda regla ya que por muchos un anarquista no podía ser anarquista siendo ministro de un gobierno, sobre todo un gobierno de un régimen burgués. No obstante, la mezcla de terminos se sucede al referirse primero a los ‘cuatro anarquistas’, después al ‘movimiento libertario español’, luego a los trabajadores ‘anarcosindicalistas’ y finalmente a ‘la CNT y la FAI’, en las primeras doce líneas del prologo.
3. Es de señalar que una cuarta organización ‘libertaria’, Mujeres Libres, nunca llegó a hacer prevalecer su derecho a formar parte del conjunto libertario - por lo cual se puede poner la cuestión - hasta donde eran las tres organizaciones, que obraban contra su inclusión, verdaderamente libertarias.
4. José Peirats, La CNT en la revolución española, vol.III, pp.327-28 (apendice 3: declaración, firmada por Mariano Rodríguez Vázquez y Germinal Esgleas, que proclamó la constitución del consejo, a París el 25 febrero 1939; el 7 marzo 1939 se constituyó un Consejo Nacional del movimiento libertario español en territorio libre, a Valencia, [José Peirats, op.cit., p.305]). Huelga decir que, en aquel momento, con la enorme mayoría de los afiliados de una u otra organización aparcados en vastos campos de concentración en la costa mediterránea francesa mientras otros miles intentaban huirse de la represión que les iba a caer encima, esa decisión no tenía ni raíz ni relación alguna con posibles acuerdos de los miembros de las tres organizaciones.
5. 535.565 afiliados, en 511 sindicatos, y 418 delegados, en ‘Memoria del Congreso Extraordinario’, Madrid, 1931.
6. ‘Más de 380.000 afiliados’, en ‘Solidaridad Obrera’, 14 octubre 1931.
7. Una afiliación de 112.757 en el Congreso Nacional de junio de 1931 cambió en una afiliación de 267.672 en octubre del mismo año, en ‘Solidaridad Obrera’, 20 octubre de 1931.
8. 114.976 afiliados, en ‘Solidaridad Obrera’, 10 enero 1932.
9. Aragón, Rioja y Navarra - 41.839 en Heraldo de Aragón y Voz de Aragón, 30 septiembre 1931; y Castilla - ‘más de 35.000’, en ‘Solidaridad Obrera’, 14 noviembre 1931.
10. 550.595 afiliados [649 delegados y 982 sindicatos representados] en José Peirats, La CNT en la revolución española, vol.I, p.117, y las mismas cifras en César M. Lorenzo, Los anarquistas españoles y el poder, p.74. Sin embargo, ‘Solidaridad Obrera’, del 5 mayo 1936 dice 559.294 afiliados [615 delegados y 988 sindicatos] y repite estas cifras el 7 de mayo (con el cambio de 649 delegados).
11. 100.000 afiliados [132 delegados y 112 sindicatos] en ‘El Pueblo de Valencia’, 12 julio 1936 (es de señalar que no hubo representación alguna de Cartagena).
12. Se afirmó que la afiliación total era 1.041.539, en ‘Memoria y orden del día del XVII Congreso Ordinario’, Madrid 1932 (también en ‘Boletín de la UGT’, nu.43 [suplemento], julio de 1932). Sin embargo, no hubo más que 479.421 votos per la candidatura (sin oposición) de Largo Caballero por el puesto de secretario-general, y las candidaturas rivales de Julian Besteiro y Manuel Cordero por el puesto de Presidente dieron un total de solo 486.399 votos.
13. César M. Lorenzo, op.cit., p.74, n.72.
14. A principios de los años treinta el movimiento socialista - sindicato y partido político - tenía tres cabezas: el teórico rígido del marxismo Julian Besteiro, que había sucedido al ‘abuelo’ Pablo Iglesias como presidente de las dos formaciones cuando este murió en 1925, el viejo sindicalista madrileño Francisco Largo Caballero, y el político, social-demócrata, bilbaíno Indalecio Prieto. Durante los años de la República el primero perdió su posición pre-eminentemente y a partir de 1935 el movimiento socialista entró en un periodo de hondo conflicto interno entre los dos restantes, una verdadera guerra internecina que sería arbitrada, cuando no orquestada, por los comunistas que consiguieron hundirlo completamente.
15. En este último caso, el efecto de ser Barcelona el lugar de residencia del comité nacional durante los tres primeros años del periodo republicano engendró los mismos efectos - o defectos.
16. Miquel Amorós, La revolución traicionada, p.39.
17. Juan Gómez Casas, Historia de la FAI, p.150.
18. Graham Kelsey, Anarcosindicalismo y Estado en Aragón, p.461.
19. En el periodo republicano, de 1931 a 1936, el comité nacional de la CNT estaba en Zaragoza durante 32 meses; estaba 29 meses en Barcelona y un mes a Madrid.
20. Información sobre todo estos militantes en mi trabajo, Anarcosindicalismo y Estado en Aragón Madrid, 1994.

21. Este no quiere decir que toda la región dependía del movimiento y de los militantes en la capital. En la región de Aragón hubo otros centros, digamos 'neurálgicos', del movimiento libertario donde grupos de militantes actuaron independientemente de la capital para desarrollar los preceptos del movimiento libertario español.
22. Gregorio Gallego, Madrid corazón que desangra, p.179.
23. 'Consideraciones sobre la Unidad', I y II, artículos en el periódico republicano de izquierdas, 'La Tierra', de Madrid, 29 y 31 de enero 1934. Otro artículo suyo, 'La Confederación y la unidad del proletariado', salió en el mismo periódico el 1 marzo de 1934.
24. Citado en 'Memoria del Comité Nacional, al Congreso Nacional de la CNT', en 'Solidaridad Obrera', 18 marzo de 1936.
25. Dictamen sobre la Alianza Obrera (Alianza Revolucionaria) reproducido en M. González Urien y Fidel Revilla González, La CNT a través de sus Congresos, pp.48-49.
26. Gregorio Gallego, op.cit., pp.13-14.
27. Sobre este militante vease la obra de José Luis Gutiérrez Molina, Valeriano Orobón Fernández, anarcosindicalismo y revolución en Europa, Valladolid, 2002: los dos primeros artículos mencionados en la nota 24 arriba son reproducidos entre las paginas 268 y 277.
28. Gregorio Gallego, op.cit., p.100.
29. Vicente Ballester, en nombre de 160 presos sociales en la prision central del Puerto de Santa Maria (Cádiz), 'La CNT y el Frente Unico', en 'La Tierra', 11 enero 1934.
30. Sobre el mítin a Cádiz donde Ballester habló al lado de Largo Caballero, ver el libro, Crisis burguesa y unidad obrera, Madrid 1994, por José Luis Gutiérrez Molina, Cádiz, 1994, pp.424-434. El mismo historiador ha también tratado este asunto en su libro sobre el malogrado líder anarcosindicalista, Se nace hombre libre, la obra literaria de Vicente Ballester, Cádiz, 1997, pp.63-65.
31. José Peirats, op.cit., vol.I, p.117.
32. En honor a la verdad no se puede pasar en alto la vision totalmente negativa – tal vez la sola - del secretario nacional: "El fracaso del Congreso fue absoluto y mi decepción personal infinita", en Marxismo y socialismo libertario, (obra inédita), p.72; citado en César M. Lorenzo, op.cit., p.76.
33. César M. Lorenzo, op.cit., p.75.
34. Ironía de la historia, Martínez Prieto volvió a su secretariado apenas tres meses más tarde.
35. César M. Lorenzo, op.cit., p.74.
36. Juan Gómez Casas, op.cit., p.132, n.25.
37. Juan Gómez Casas, op.cit., p.209.
38. Gregorio Gallego, op.cit., p.14.
39. Juan Gómez Casas, op.cit., n.131 en p.193.
40. Entrevista con José Hipólito Melero, Barcelona, julio de 1996. Miembro del Comité de Defensa en julio de 1936, con Miguel Vallejo y Manuel Uceda, consideraba que Miguel Abós era mucho más 'anarquista', que otros que pudieran haber figurado en el polo 'anarquista'; los que eran más bien 'hombres de acción'.
41. Juan Gómez Casas, op.cit., p.192.
42. Al Partido Sindicalista Español (PSE) de Angel Pestaña el Frente Popular dió los escaños de Cádiz (Pestaña mismo) y Zaragoza (por el sindicalista independiente, el abogado granadino Benito Pabón).
43. Miquel Amorós, op.cit., p.94.
44. Miquel Amorós, op.cit., p.95.
45. César M. Lorenzo, op.cit., pp.74-75. Lorenzo dice el 15 de mayo pero fue el domingo 10 de mayo; y, de hecho, el congreso tuvo que continuar sus sesiones durante tres días más.
46. El delegado de la Industria Pesquera de Barcelona, en M. González Urien y Fidel Revilla González, op.cit., pp.50-51.
47. La bandera rojinegra había aparecida por primera vez en una manifestación-mítin organizado en Barcelona el primer de mayo de 1931, mítin organizado por militantes opuestos a la línea reformista de los organismos regionales de la CNT en aquellos momentos. Según Juan García Oliver – recientemente salido - amnistiado - de la cárcel de Burgos - era de su propia inspiración (Juan García Oliver, El eco de los pasos, p.116) pero otros han dicho que fue inspirado por el anarquista Arturo Parera, asesinado en Sevilla en julio de 1936 (Entrevista con el hijo de éste, Arturo Parera, Barcelona, julio de 1994).
48. Conversaciones con Vernon Richards, Londres, julio de 1991.
49. Palabras del anarquista francés, Louis Mercier-Vega, 'Ridel', en 'Le Reveil Syndicaliste' del 27 julio de 1939, después de la muerte de Rodríguez Vázquez, citado en Miquel Amorós, op.cit., p.379.
50. Miquel Amorós, op.cit., p.268
51. Y esto a pesar del acuerdo tomado al final del Congreso Nacional de 1936 en Zaragoza que los nombramientos no duran más que un año, y que el secretario nacional de la organizacion no podía ser re-elegido dos veces: en 'Solidaridad Obrera', 27 mayo 1936.
52. Por la vida, lucha y muerte del joven libertario oscense Francisco Ponzán Vidal, vease el trabajo de su hermana Pilar Ponzán, Lucha y muerte por la libertad, Barcelona, 1998, y aquel de Antonio Tellez, La red de evasión del grupo Ponzán, Barcelona, 1996.
53. Paulino Díez, Memorias de un anarcosindicalista de acción, Barcelona, 2006, p.249. Delegado al Congreso Nacional de 1919, secretario del comité nacional en 1923-24, compañero de infortunio de Durruti y Ascaso en la cárcel del Puerto de Santa María en 1933, Paulino Díez fue atrapado en Melilla en julio 1936. Escondido durante nueve meses pudo escapar en un barco de pesca en abril 1937.
54. De hecho, 'Vernon Richards', de su verdadero nombre Vero Recchioni, autor de uno de los trabajos llaves sobre la guerra civil española, Lessons of the Spanish Revolution, London, 1953 [edición en castellano, Enseñanzas de la revolución española, Paris, 1971], era hijo de italianos exiliados a Londres

donde había nacido en 1915. Su padre, Emidio Recchioni (1864-1934), era compañero de luchas del célebre anarquista Errico Malatesta y su hijo siguió el mismo camino hasta su muerte en 2001.